



www.loqueleo.com/es

© 2018, Rosa Huertas

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-380-1

Depósito legal: M-30.623-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Fotografía de cubierta: 1945, Vladimir Grebnev

GETTY IMAGES SALES SPAIN/Sovfoto

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**UN BALCÓN
A LA LIBERTAD**
ROSA HUERTAS

loqueleg

A Beatriz y Miguel Candeira, por tantas confiancias.

*A Javier, Roberto, Darío y Alberto, porque también
formáis parte de esta historia.*

Un nombre y unas llaves

7

La historia la escriben los poderosos, los que ganan las guerras y salen ilesos de ellas. Por eso está llena de nombres propios de reyes, generales y ministros. Pero, en realidad, quienes de verdad trazan los renglones de la historia, quienes hacen avanzar el mundo, son los pequeños héroes anónimos. Lo descubrí una primavera, en Madrid, cuando un hombre ya muerto se cruzó en mi camino para darle la vuelta a mi estrecho mundo de adolescente despreocupada. Los muertos, a veces, se nos aparecen de múltiples formas para cambiar nuestro presente.

Ese hombre se llamaba Liberto Guerra y escuché su nombre por primera vez una tarde de abril.

—Se ha muerto el tío Liberto —anunció mi padre con escasa emoción.

Mi hermano Miguel y yo nos miramos sin comprender, mamá fue la única que pudo responder.

—¿El hermano de tu padre? ¿Cómo te has enterado?

—Me han llamado unos vecinos. Ellos se han hecho cargo de todo, por lo visto llevaban un par de días sin verlo y se alarmaron. Entraron en la casa y...

—¡Qué horror! Y se lo encontraron allí muerto —exclamó mi madre.

—¿Quién era ese tío Liberto? —La tétrica escena había despertado mi curiosidad.

—El hermano mayor de mi padre —comentó papá.

—Pues sería viejísimo —saltó Miguel.

—Bueno, tendría unos ochenta años, alguna vez me oiríais hablar de él.

8 —No me acuerdo, ni sabía que el abuelo tuviese un hermano.

—Tu abuelo y él no se llevaban bien —dijo incómodo—. Era un hombre raro, vivía solo...

—¿Vivía solo y no lo visitabais nunca? —pregunté.

Percibí un gesto extraño en mi padre, como si yo hubiese tocado una tecla prohibida y hubiese hecho saltar un resorte escondido. No deseaba hablar del asunto, era tan evidente que resultaba turbador.

—No quería saber nada de nadie —soltó sin convencimiento.

—Habrà que hacerse cargo de los trámites y... —Mi madre dejó la frase a medias. El tono de su voz reflejaba más tristeza que el de mi padre.

—Será mejor que lo hagamos cuanto antes —cortó papá—. Vamos a solucionar esto.

Lo dijo como si se tratara de ir a hacer la compra al supermercado o de arreglar una gotera, como si no fuese la muerte de un pariente, sino de un desconocido. Minutos después ambos salieron de casa dejándome con la curiosidad de quien sabe con certeza que se le oculta

algo importante. Era increíble que aquel anciano hubiese muerto solo, olvidado por los suyos durante años.

—¿No te parece rarísimo? —le dije a Miguel en cuanto ellos se fueron.

—Pues sí —corroboró—. ¡Un tío abuelo del que no teníamos noticia! Pero ya nos enteraremos. Aunque parecía que papá y mamá tenían pocas ganas de hablar del asunto.

—¿Crees que hizo algo malo y por eso no le querían ni ver?

—Vete a saber —suspiró—. En esta familia no es fácil ser perfecto, como ellos quieren.

Lo abracé, Miguel es un tío genial. Tiene dos años más que yo y me saca una cabeza. Mis amigas suelen llevarse fatal con sus hermanos mayores, pero el mío es adorable: me mimaba mucho, me ayuda con los estudios y en casa colabora más que yo. Además, es guapísimo, aunque, como se pasa la vida empollando porque estudia segundo de Bachillerato y quiere hacer Medicina, no tiene tiempo de ligar demasiado y no le conozco apenas novias. Hay una chica de su clase con la que va mucho y no sé qué habrá entre ellos, me da corte preguntarle. Me siento algo celosa, quiero a Miguel solo para mí.

Mis padres tardaron en volver, tanto que ya nos habíamos acostado cuando los escuché llegar. Al día siguiente, volví a preguntarles por el pariente muerto, pero se limitaron a responderme con monosílabos y eludieron profundizar en el tema. Únicamente me enteré de que lo habían enterrado en el cementerio de San Isidro y de que tendrían que solucionar lo de la herencia. Me extrañaba

que les hubiese dejado algo a unos sobrinos que no le hacían ni puñetero caso, pero preferí no soltarlo en voz alta.

10 Pasaron un par de semanas hasta que volví a escuchar el nombre de Liberto; casi había olvidado el asunto, ocupada con otros que requerían mi atención, como los exámenes, el rubio de la clase y mi grupo de amigas. Miro atrás y aquella adolescente me parece una pequeña ignorante, encerrada entre las cuatro paredes de su estrecho mundo. Un mundo construido con estereotipos y verdades a medias. Un mundo en el que no cabían los desengaños ni los auténticos problemas. Mis padres me evitaban hasta el más mínimo sufrimiento y crecí en una burbuja de felicidad, creyendo que la vida solo tenía luces. Las sombras pertenecían a otros, nunca a mí.

—Guarda estas llaves en el armario —oí decir a mi padre—. Tendremos que ir a adecentar el piso si queremos venderlo alguna vez.

—¿Qué piso? —salté como un resorte.

—No hablaba contigo. —Papá no tenía ganas de contar nada.

—El del tío Liberto —confesó mi madre—. En cuanto arreglemos los papeles se podrá vender. Aunque los pisos han bajado con la crisis, seguro que este vale un dineral.

—¿Os ha dejado su piso en herencia? ¡Pero si ni siquiera ibais a verlo! —solté—. Me extraña que no os desheredase.

Me miraron muy serios, pensé que me había pasado con el comentario. Quizá el tío Liberto les hizo algo

terrible y por eso no lo querían ver ni en pintura, estaba juzgando a la ligera, sin datos.

—¿Y dónde está ese piso tan estupendo? —quise saber.

—Nada menos que en la Puerta del Sol —respondió mi madre.

—¡Ostras! ¡En la Puerta del Sol! El tío tenía pasta.

—No creo que fuese para tanto —dijo papá despectivo—. Seguro que es un cuchitril de pocos metros.

—Pero en la Puerta del Sol.

—Cualquier sitio vale para morir solo —comentó con gesto agrio.

11

No era manera de referirse a un familiar fallecido. Volví a notar desdén en su tono.

Vi cómo mamá cogía las llaves de encima de la mesa y las guardaba en el armarito de la entrada. Antes de que desaparecieran de mi vista me fijé en el llavero: era una cámara de fotos diminuta.

«¿Qué os hizo para que lo dejaseis solo?». Era la pregunta que yo debería haber hecho en ese momento, pero me callé, no insistí. No sé si por cobardía o por desidia, cualquiera de los dos motivos me parece mezquino ahora que sé la verdad. Es malo ser cobarde, aunque es aún peor la indiferencia que nos hace cómplices de la injusticia.

Esa indolencia y el silencio al respecto que se instaló en mi casa disolvieron en parte mi curiosidad acerca del tío Liberto, hasta que una tarde, semanas después, pasé por la Puerta del Sol. Había quedado con Bea en la calle Preciados para ir de compras y lo que vi nada más salir del metro me obligó a recordar. En el balcón de uno de

los edificios de la plaza se leía «SE VENDE» en un cartel de letras rojas, con el teléfono de una agencia. Enseguida comprendí que podía ser el piso del tío Liberto y no me resistí a comprobarlo, aunque llegase tarde a mi cita con Bea.

12 Entré en el portal con la ansiedad de quien busca algo prohibido. Estaba abierto y en unas vitrinas se exponían fotos antiguas de la Puerta del Sol. Solo tuve que revisar los buzones de correos. No tardé en encontrar el 3.º D. En una tarjeta descolorida se podía leer el nombre de Liberto Guerra. Al instante recordé el llavero con la camarita de fotos, guardado en el armario de la entrada de mi casa, y una idea descabellada me pasó por la cabeza. Tan descabellada que cambió mi vida.

Una casa en la Puerta del Sol

No fue difícil coger las llaves ni salir a media tarde: mis padres no estaban y Miguel, encerrado en su cuarto, emitió una especie de gruñido cuando me asomé para decirle que iba a salir.

13

Durante el viaje en metro, me sentí nerviosa, ¿qué me encontraría en el piso de un viejo desconocido? Recordé que el hombre había muerto allí mismo y a punto estuve de darme la vuelta, eso de entrar en una casa donde había fallecido alguien me resultaba macabro. Sin embargo, la curiosidad podía más que yo y, cuando me vi ante la puerta del 3.º D, apenas me temblaban un poco las manos.

La llave entró con facilidad en la cerradura y, nada más abrir, un rayo de sol iluminó el descansillo. Contuve la respiración y entré sin hacer ruido, como si temiese despertar al fantasma del tío Liberto.

Un olor indefinido, como a productos químicos o a vinagre, me recibió antes de cerrar la puerta tras de mí. Era una habitación grande y luminosa, con una cama, armarios y estanterías repletas de libros y papeles. A la izquierda, junto a la cama, un balcón a la calle dejaba

entrar la luz de media tarde. El silencio, aplacado por el rumor de la plaza, aumentaba la sensación de tiempo detenido. Al frente, la puerta abierta de una minúscula cocina mostraba un fregadero, un frigorífico y una placa eléctrica que parecía muy usada.

A la derecha, dos puertas. Empujé con recelo la que estaba entreabierta y comprobé, sin entrar, que se trataba del baño. Me quedaba saber qué escondía la habitación cerrada. Al acercarme, el olor se hizo más fuerte y dudé de si estaba haciendo lo correcto.

14

La puerta chirrió, dentro reinaba la más absoluta oscuridad. Di un paso atrás, asustada, y desde fuera divisé los contornos de una mesa y poco más. A tientas, pero sin entrar en el cuarto, recorrí la pared en busca del interruptor y no tardé en dar con él. Me sobresaltó un rostro en blanco y negro que me miraba a la altura de los ojos. Di un respingo y ahogué un grito. No era más que una foto colgada con una pinza de un cordel. Había muchas más en aquel cuarto oscuro y también una mesa con varias cubetas, pinzas y frascos con líquidos diversos. Se trataba de un cuarto para revelar fotos de forma manual. Yo nunca antes había entrado en uno, pero alguna vez lo había visto en películas. Creía que ya nadie revelaba fotos en casa, las fotos en papel me parecían algo muy antiguo. Mis amigos y yo nos hacíamos cientos de instantáneas, pero no las conservábamos en papel, sino en nuestros teléfonos, ordenadores y *tablet*.

Ya sabía algo del tío Liberto: le gustaba la fotografía, aunque fuese de una manera pasada de moda. Al salir del

cuarto oscuro observé las paredes de la habitación principal, repletas de fotos. Muchas de ellas eran retratos y otras, paisajes y calles; casi todas en blanco y negro y la mayoría antiquísimas.

Me fijé en una que mostraba la Puerta del Sol hace muchos años. Se veían los mismos edificios que ahora, pero estaba inusualmente vacía: ni gente, ni coches. Solo una fuente en el centro y toldos cubriendo la entrada a los comercios. Estaría tomada en verano a la hora de la siesta en un Madrid nada parecido al actual. En el siglo XXI, a cualquier hora, la plaza se encuentra abarrotada. Los otros lugares no los reconocí: casas viejas, épocas remotas. Supuse que serían calles del viejo Madrid.

Un sonido que provenía de la planta de abajo vino a romper el silencio. Las notas inconfundibles de una guitarra eléctrica resultaban anacrónicas en aquel apartamento sacado del túnel del tiempo. Pensé que al tío Liberto, tan aficionado a lo antiguo, no le habría gustado nada escuchar aquellas notas estridentes, aunque, fuese quien fuese el guitarrista, no tocaba mal. Reconocí la melodía de *Sweet Child O' Mine* de Guns N' Roses, una canción que me gusta especialmente, y empecé a tararearla mientras la interpretaba el vecino del segundo.

Entrar en aquella especie de mausoleo me causó una honda impresión. Parecía que el dueño iba a regresar en cualquier instante, dispuesto a seguir revelando fotos, a prepararse la cena o a mirar por el balcón. Una tristeza infinita envolvía cada rincón de la casa: la nostalgia de las cosas que jamás volverán a ser tocadas por su dueño

y que, por tanto, han perdido su razón de ser. Todas pertenecieron al tío Liberto y ya no servían para nada. ¿Qué pensaban hacer mis padres con ellas? ¿Tirarlas? Un impulso de piedad me hizo acariciar la lámpara de la mesilla, como si de un gato abandonado se tratara.

16 La cama no era más que un colchón desnudo, las sábanas y la colcha habían desaparecido. Se me erizaba la piel al pensar que allí mismo había muerto un hombre y el resto de los objetos del cuarto habían sido testigos mudos de su último suspiro. Era una idea tan triste que me gustaba, hacía juego con mis pensamientos oscuros. Las notas de la guitarra del vecino comenzaron a sonar, esta vez con una cadencia melancólica a juego con mi escenario. La música me hizo clavar los ojos en el colchón desnudo. Me fui acercando lentamente, al compás de la guitarra, y lo toqué dejando a un lado las aprensiones. El tacto me devolvió una impresión acogedora, como si me estuviese esperando desde hacía tiempo. No lo pensé y me dejé caer sobre la cama en busca del refugio que mi tristeza añoraba.

Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos intentando captar toda la emoción del momento. Deseaba comprender la soledad del tío Liberto, abandonado por su familia y refugiado en una madriguera de la Puerta del Sol en compañía de todo cuanto recordaba su paso por la vida.

Una extraña calma me invadió: era como estar en mi propia habitación, escuchando una música interpretada solo para mis oídos.

Abrí los ojos y contemplé la gran cantidad de fotos que colgaban de las paredes y la de libros y trastos de lo más variado que invadían las baldas de la estantería. Frente a mí, había un armario empotrado y la puerta del altillo se veía entreabierta. La abertura permitía distinguir unas cajas dentro que despertaron mi curiosidad. ¿Le gustaría al tío Liberto que una sobrina nieta desconocida hurgase en sus recuerdos? Quizá no. Pero me parecía aún peor que mis padres entraran a saco en aquel piso y lo despojasen de sus pertenencias, todo aquel tesoro que resumía una larga vida podía acabar en la basura el día menos pensado. Me juré que antes de que eso ocurriera yo lo salvaría del olvido.

17

Me levanté de un salto y busqué algo con lo que poder elevarme hasta el altillo. Encontré una silla en un rincón y la acerqué al armario. Me subí, pero solo conseguí abrir la puerta de par en par y tocar una de las cajas. Intenté tirar de ella y logré acercarla al borde del armario, cuando iba a cogerla, se resbaló y cayó con estrépito desde lo alto. Era una caja de lata que desperdigó una lluvia de papeles y fotografías por el parque de la habitación.

El ruido me asustó, sonó como un trueno. Luego regresó el silencio espeso, hasta la guitarra del vecino había dejado de sonar. Me apresuré a bajarme de la silla y recoger lo que se había desparramado por el suelo. De pronto el timbre de la puerta me sobresaltó, di un respingo y los papeles se me cayeron de las manos. No esperaba que viniera nadie. Me sentía como una ladrona sorprendida en una casa ajena. Los timbrazos se convirtieron en

golpes. Mientras yo permanecía muda y sin saber cómo reaccionar, alguien aporreaba la puerta y gritaba algo que tardé en entender.

—¡Abra! Sé que está ahí dentro. He oído golpes —exclamó una voz masculina.

Me asusté aún más. Si no abría, aquel hombre podía llamar a la policía. No sabía qué le iba a contar. ¿Qué hacía yo allí? Intrusa en la casa de un tío abuelo al que no conocí y cuyo nombre sabía desde hacía tan solo unos días.

18

Los golpes continuaban y me acerqué temerosa a la mirilla, procurando no hacer ruido, como los gatos. Del otro lado vi el rostro de un chico joven y me tranquilicé un poco.

—No pienso marcharme hasta que abra —le escuché decir.

No me quedaba más remedio que obedecer, abrí el cerrojo y me asomé por una rendija de la puerta. El joven me miró extrañado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Este piso es de mis padres —solo se me ocurrió responder. Quería dejar claro que no era una ladrona ni una okupa.

—¿Tus padres? —Puso cara de disgusto, como si hubiese nombrado al diablo—. ¿Qué tienen que ver tus padres con el dueño de la casa?

—Liberto Guerra era tío de mi padre —quise dejar claro.

Frunció el ceño, mi respuesta no le había gustado nada.

—Este hombre no tenía familiares —aseguró—. Y si los tenía, nunca le hicieron caso ni se preocuparon por él. Pero, por lo visto, la herencia sí que os interesa...

—Yo... —balbucí— no sabía nada. ¿Quién eres tú?

—Si tuvieses vergüenza, no vendrías por aquí. Esta casa no os pertenece, por mucho que lo diga un papel —me soltó con más tristeza que desprecio.

Dio media vuelta y salió corriendo escaleras abajo. Me quedé allí plantada sin saber cómo reaccionar hasta que le oí abrir la puerta del piso de abajo y cerrar de un portazo. Sin duda, era el mismo que tocaba la guitarra y lamenté haber empezado tan mal.

Recogí las fotos y los papeles con precipitación y guardé la caja bajo la cama. Me fui con la idea de regresar en cuanto pudiera. Pensé que estaría bien hacer una copia de las llaves, por si estas desaparecían del armario de la entrada. No me resignaba a no volver por allí.

Presentía que había mucho por descubrir en aquella casa, aunque solo fuese la identidad del vecino de abajo. Me intrigaba el tío Liberto, me preguntaba si habría sido un fotógrafo famoso o algo así. En cuanto llegase a casa lo buscaría en Google; si alguien existe, es allí donde se encuentra.